

## **SIEMPRE QUE DIGO MADRE**

“Siempre que digo madre voy diciendo tu nombre; siempre que digo madre voy nombrando tu amor... María, Madre mía y Madre del Señor”. ¿Conocéis, amigos, esta hermosa canción mariana?

El amor a la Santísima Virgen es una de las constantes y de las notas de identidad de la religiosidad de nuestro pueblo. ¿Por qué? ¿Por qué es tan querida la Virgen entre el pueblo cristiano? Sin duda alguna que una de las razones estriba en su condición de Madre. La maternidad es una de las realidades más hermosas y más grandes de la vida. Es suerte, es privilegio, es gracia excepcionales. El destino y el oficio de la madre son quehaceres difícilmente sustituibles y cuantificables.

Ser madre significa dar noche tras día, día tras noche. La madre es cariño, ternura, cercanía, insomnio, apertura, acogida, donación, entrega, amor sin límites y sin condiciones. La madre nunca debería morir. De ahí, por ejemplo, que Santa Teresa de Jesús, entonces adolescente de poco más de doce años, al morir su madre, cuando empezó a entender lo que había perdido, afligida se fue a la Catedral de Ávila a consolarse con una imagen de la Señora y con muchas lágrimas le suplicó que fuese su madre. Y la súplica dio, según relata ella misma, el resultado esperado.

Qué María la Virgen, sea Madre, “madre mía y madre del Señor”, como reza la canción citada, ilumina la esperanza del corazón del ser humano, que, por ello, la honra y la ensalza por todas las generaciones como la más excelsa criatura.

María la Virgen es la Madre de todas las horas y de todos los días. Y decir madre es decir amor. “Siempre que digo Madre, digo María. Siempre que digo Madre, voy diciendo tu nombre. Siempre que digo Madre voy nombrando tu amor... María, Madre mía y Madre del Señor”.